



Debate



¿Cambios en el Medio Oriente y Norte de África?





¿Cambios en el Medio Oriente y Norte de África?

La revuelta siria: ¿Hacia un cambio de régimen?

Ignacio Álvarez-Ossorio

Libia en el año de las revoluciones: ¿El fin de una era?

Alejandro Barrera Castro

Transición política en Túnez y Egipto: Factores de cambio

Javier Gil Pérez

De la crisis de Qom al impacto del Stuxnet. El programa nuclear iraní en medio de presiones políticas, sanciones económicas y acciones encubiertas

Luis Mesa Delmonte

La pesadilla de Theodor Herzl

Axel Schmidt

La revuelta siria: ¿Hacia un cambio de régimen?*

Ignacio Álvarez-Ossorio
UNIVERSIDAD DE ALICANTE, ESPAÑA
ialvarez@ua.es

Resumen

El régimen sirio se tambalea. La revuelta iniciada el 15 de marzo pasado se ha extendido por todo el país: los manifestantes exigen más libertades y el fin del Estado autoritario. Al inclinarse por la represión, el régimen sirio evidencia su incapacidad de reaccionar a la ola democratizadora que vive el mundo árabe, que ya ha provocado la caída de Ben Ali en Túnez y Mubarak en Egipto. En lugar de adoptar una agenda reformista, como exige la calle siria, el presidente Bashar al-Asad ha denunciado una conspiración internacional contra el último bastión del arabismo.

Palabras clave: Oriente Medio, Siria, Asad, fuerzas armadas, sociedad civil.

The Syrian Revolt: Towards a change of regime?

Abstract

The Syrian regime is faltering. The revolt that began on 15 March has spreads throughout the country: the protesters are demanding freedoms and the end of the authoritarian state. Opting for repression, the Syrian regime demonstrates its inability to answer the wave of democratization that animates the Arab world, which has already caused the downfall of Ben Ali in Tunisia and Mubarak in Egypt. Instead of adopting an agenda of reforms, as required by the Syrian people, President Bashar al-Assad has denounced an international conspiracy against the last bastion of Arabism.

Key words: Middle East, Syria, Assad, Armed Forces, civil society.

1.- El efecto dominó llega a Siria

La población árabe ha perdido el miedo a sus gobernantes y aparatos represivos, ha tomado la calle demandando mayores libertades y el fin de las autocracias. Las revueltas populares han hecho tambalear a algunos de los regímenes más autoritarios, provocando la caída de los presidentes Ben Ali en Túnez y Mubarak en Egipto, así como una intervención militar contra Gadafi en Libia bajo el paraguas de la resolución 1973 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Las manifestaciones son, ante todo, una muestra de descontento hacia unos gobernantes que se perpetúan en el tiempo y que gestionan los recursos estatales como si fuesen de su entera propiedad. El malestar árabe nace de una acumulación de frustraciones. En primer lugar, unos regímenes autocráticos que se hicieron con el poder tras las independencias nacionales y que siguen detentándolo como 'padres de la patria' y supuestos garantes de la estabilidad interna. En segundo lugar, una corrupción endémica, protagonizada por círculos clánico-familiares estrechamente asociados con los gobernantes. En tercer lugar, la ausencia de cualquier alternativa política viable, puesto que los dictadores han suprimido toda voz crítica y descabezado cualquier atisbo de oposición, ya fuera real o imaginaria. La población ha salido a la calle para tratar de salir de este círculo vicioso.

Pese a las particularidades de cada país, las sociedades árabes comparten unas demandas comunes, entre ellas la necesidad de dismantelar el Estado autoritario, respetar el imperio de la ley, luchar contra la corrupción, derogar las leyes de emergencia, liberar a los presos políticos, acabar con el monopartidismo, separar los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, garantizar la libertad de expresión y de reunión, enmendar las constituciones no constitucionalistas y, por último, celebrar elecciones libres, transparentes y, sobre todo, competitivas. En definitiva: más democracia y menos autoritarismo.

El estallido popular en Siria es difícilmente comprensible sin tener en cuenta el caldo de cultivo en el que nace y las dinámicas internas que han permitido al régimen perpetuarse en el poder desde hace cuatro décadas. Las movilizaciones prodemocráticas ponen fin a una anomalía histórica en el mundo árabe: la marginación de la ciudadanía y su ausencia en el proceso de construcción nacional y, por lo tanto, nos obligan a prestar especial atención a los actores emergentes y, en particular, a la sociedad civil, verdadera artífice de esta primavera democrática árabe.

Otro de los hechos más relevantes es que, desde un primer momento, los manifestantes han apostado por la no violencia y no se han replanteado

su posición a pesar de la fuerte represión de la que han sido objeto. La idea de que la resistencia civil y el activismo no violento podrían contribuir a asentar la democracia y el buen gobierno en el caso de darse las condiciones adecuadas, tal y como ahora parece ocurrir, ha ido calando en las sociedades árabes en el curso de las últimas décadas y, de manera especial, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 (Stephan, 2010).

Además del carácter no violento de las revueltas debe destacarse la importancia que han tenido las nuevas tecnologías a la hora de movilizar a las poblaciones hasta el punto de que es pertinente hablar de ciberrevueltas. *Facebook* y *Twitter* han tenido un peso esencial al convocar las manifestaciones y reclutar a nuevos activistas. Como advierte Habib Battah, “el reciente desarrollo de productos relacionados con Internet, telefonía móvil y nuevas tecnologías está proporcionando un nuevo espacio donde las opiniones políticas y los comentarios de la gente no se encuentran sujetos al estrecho control del Estado” (Battah, 2008: 87). Dichas redes sociales han permitido sortear la censura y han creado una cierta libertad de expresión a la hora de abrir debates públicos sobre ciertos tabúes políticos, en particular a través de los *blogs*. En opinión de North y Rockwell, “las fuerzas de la oposición ahora están conectadas, no organizadas. Esto no había ocurrido antes en la historia. Las masas pueden comunicarse con gente similar tras pagar un ordenador y una conexión a internet” (North y Rockwell, 2011).

2.- La Siria de Bashar

Bashar al-Asad llegó al poder en verano de 2000, pocas semanas después del fallecimiento de su padre Hafez al-Asad (Lesch, 2005 y Levertt, 2007). Esta sucesión dentro del régimen dio pie a que se hablara, por primera vez en el mundo árabe contemporáneo, de una nueva forma de gobierno denominada *yumrukiya* (palabra resultante de la combinación de *yumbhuriya* y *malakiya*, república y monarquía en árabe). Durante sus treinta años de presidencia, Hafez al-Asad asentó las bases de un régimen autoritario cimentado en el control del Estado de todos los aspectos de la vida pública y privada de la población y la férrea supervisión de la seguridad nacional por parte de los variados servicios de inteligencia o *mujabarat*.

La toma de control del Estado por parte del Baaz fue considerada como una revancha de la periferia —en especial, el Mediterráneo alauí, la Yazira agrícola y la Montaña drusa— contra Damasco, dado que buena parte de sus dirigentes pertenecía a las minorías confesionales tradicionalmente marginadas por el poder central, en especial los alawíes, los drusos y los

ismailíes. Hafez al-Asad se benefició de la militarización de la vida política a partir del golpe de 1966 que supuso el ascenso definitivo de esta nueva jerarquía, de origen humilde y rural por lo general y ajena a las oligarquías urbanas de Alepo, Damasco o Hama, y la consagración de las Fuerzas Armadas como plataforma óptima para ascender en la escala sociopolítica (Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán, 2009).

Fue precisamente Hafez al-Asad quien desarrolló los diferentes servicios de inteligencia, hoy en día vitales para mantener el Estado autoritario y reprimir las manifestaciones populares. Tras hacerse con el poder en 1970 los multiplicó para garantizarse un absoluto control de todo cuanto ocurría y, a su vez, neutralizar las diferentes secciones al mantener un aparente equilibrio de influencias y prebendas entre todos y cada uno de los altos mandos. Además de presidir la República, el *Baaz* y las Fuerzas Armadas, Hafez impuso una cadena de mando que empezaba y terminaba en su persona. Para mayor seguridad, los puestos más relevantes quedaban reservados a los familiares directos, hermanos e hijos en primer lugar, primos y sobrinos en segundo lugar, y personas de reconocida solvencia convertidas en familiares políticos. Esta misma estructura todavía sigue vigente hoy en día, aunque el control de Bashar al-Asad sobre los aparatos de seguridad es mucho menor.

La asadización de Siria deparó el ascenso de una elite familiar reconvertida primero en militar, con el fin de acceder a los puestos claves de las Fuerzas Armadas y los Servicios de Inteligencia y, después, en un foco de magnetismo empresarial que haría del Estado su principal baluarte. Dentro del ámbito familiar más reducido de los Asad hay que diferenciar dos grandes ramas. En primer lugar, la formada por los hijos de Hafez al-Asad: Bashar (actual presidente) y su hermano Maher (responsable de la Guardia Presidencial). En segundo lugar, la compuesta por los primos maternos y, en menor medida, paternos. Destacan aquí los Majluf (hijos de los hermanos de la madre de Bashar) y los Shalish (hijos de la tía paterna de Bashar). Los Asad, los Majluf y los Shalish conforman la denominada “mafia gobernante”, sustentada a su vez en una plataforma de colaboradores cercanos y familiares que mantienen una relación de intercambio político y comercial con el primer círculo de poder.

El régimen sirio, de carácter autoritario y personalista, se mantiene en gran medida por la solidez de la alianza entre el *Baaz*, que gobierna el país desde 1963, y las Fuerzas Armadas, que detentan el poder desde 1966. Ambos están sustentados por un desmesurado aparato burocrático y una sólida oligarquía político-económica radicada en Damasco. Aunque habitualmente se suele destacar la sobre representación del elemento *alawi*

en las esferas de poder (pese a que es tan sólo el 12 % de la población), lo cierto es que buena parte de los puestos de mando están copados por árabes musulmanes *sunmíes* (cerca del 65% de la población) destacando entre ellos el vicepresidente Faruq al-Shara. La verdadera naturaleza del sistema de poder sirio no reposa tanto en factores confesionales, ideológicos o regionalistas como clánico-familiares, ya que es en la familia nuclear y extensa de los Asad y toda su red de alianzas donde debe buscarse su esencia. Dicha alianza percibió que tras la muerte de Hafez al-Asad se jugaba su propia supervivencia y, por ello, cerró filas en torno a Bashar.

Bashar al-Asad era el candidato idóneo no sólo porque garantizase la continuidad del régimen, sino también porque, dada su inexperiencia, podría ser fácilmente manipulado por quienes habían dirigido el Estado sirio desde el golpe de Estado de 1970. Consciente de su propia vulnerabilidad, Bashar al-Asad intentó limitar la influencia de los pesos pesados del régimen, entre ellos el vicepresidente Abdel Halim Jaddam o el ministro de Interior Gazi Kana`an. Mientras Jaddam pudo exiliarse, Kana`an se suicidó en su despacho según la versión oficial. Además, Bashar percibió que su propia supervivencia política dependía de que lograra hacerse con su propia clientela y, por esa razón, aprobó una serie de medidas encaminadas a reformar la administración y liberalizar la economía (Perthes, 2004b). Tanto los nuevos hombres de negocios que han acumulado importantes fortunas como los tecnócratas deben su posición directamente a Bashar.

Bashar emprendió una modernización de las estructuras administrativas y gubernamentales con el propósito aparente de desplazar gradualmente del poder a la vieja guardia y colocar en su lugar a una nueva. El nuevo presidente cambió a los directores de todos los periódicos estatales, a los gobernadores provinciales y al aparato regional del *Baaz*. En sus dos primeros años de presidencia había reemplazado a dos de cada tres altos cargos políticos, administrativos y militares. Sin embargo, esta nueva guardia, formada en buena parte por una *pléyade* de tecnócratas y economistas formados en el extranjero, no incluía el número suficiente de altos oficiales con peso efectivo real dentro de las Fuerzas Armadas como para asegurar un relevo integral del núcleo duro del estamento militar que, en todo caso, permanecía fiel a las directrices de su padre. Debe también tenerse en cuenta, como subraya Perthes, que a pesar de que la nueva guardia es más moderna y más joven, “esto no indica necesariamente que tenga una agenda alternativa a la de sus antecesores o a la de aquellos a los que busca reemplazar” (Perthes: 2004a, 11).

3.- La década de Bashar

El camino del joven presidente no ha estado exento de dificultades. Tras unos primeros meses titubeantes, en los que se mostró a favor de una progresiva apertura del régimen, que se tradujo en la liberación de centenares de presos políticos y la proliferación de foros de debate que demandaban mayores libertades públicas, replegó velas debido, entre otras razones, a la hostilidad manifiesta de la administración Bush. El blindaje de la república hereditaria se convirtió a partir de entonces en su absoluta prioridad, cerrando la 'primavera siria' y encarcelando a los líderes más destacados de la sociedad civil, entre ellos Hayzam al-Maleh, Walid al-Bunni y Kamal al-Labwani y también los diputados independientes Mamun al-Homsi y Riad Sayf (Ghadbian, 2010). Como denuncia un reciente informe de *Human Rights Watch* titulado *Una década perdida. Derechos humanos en Siria en los primeros diez años de presidencia de Bashar*, 92 opositores, periodistas y defensores de los derechos humanos han sido encarcelados en los últimos 11 años por demandar el fin del estado de emergencia, la derogación de las leyes marciales y un mayor pluralismo político (HRW, 2011).

Los Hermanos Musulmanes, formación proscrita desde el levantamiento islamista a comienzos de la década de los ochenta, sigue siendo todavía el enemigo número uno del régimen que, con el propósito de frenar al islamismo radical y militante, promueve un islam tolerante y quietista mediante su patronazgo de las cofradías *sufíes* (Pinto, 2003). También la minoría *kurda*, que representa el 10% de la población, sufre un notorio ostracismo político, social y económico por ser la comunidad étnica no árabe más cohesionada y la única que podría representar una amenaza para el proyecto *baazista* (Tejel Gorgas, 2006). En los últimos años, algunos de los dirigentes del ilegal Partido de la Unión Democrática (que reclama "el levantamiento de las barreras a la lengua y la cultura kurdas y el reconocimiento de la existencia de la nacionalidad *kurda* dentro de la unidad del país") han sido encarcelados y condenados bajo la acusación de "incitar a la guerra civil y a la lucha sectaria", lo que indica que Siria sigue siendo un Estado policial bajo el estricto control de los *mujabarat* (los temidos servicios de seguridad).

En la escena doméstica, los dos principales logros de Bashar han sido la modernización de la administración y la apertura económica. Aunque la sobredimensionada administración no ha sido aligerada debido al temor a que aumente aún más el desempleo (que rebasa el 20%), y con ello la inestabilidad social, sí que ha experimentado cambios significativos. Em-

pleando como pretexto la necesidad de una renovación generacional, Bashar ha reemplazado a la vieja guardia, fuertemente ideologizada, por una nueva guardia, compuesta por tecnócratas sin filiación política. En esta última década se ha jubilado a un 75% de los altos cargos.

Por lo que respecta a la apertura económica, cabe señalar que la economía siria ha crecido a un ritmo mayor que la de sus vecinos a pesar de la crisis internacional. Pese a ello, no parece factible que Siria, como pretende Bashar, se convierta en la China de Oriente Próximo dadas sus carencias estructurales. Tampoco parece posible que el país pase a ser un centro neurálgico para el tránsito de hidrocarburos entre el mar Negro, el Mediterráneo, el Caspio y el golfo Pérsico, tal y como contempla la 'estrategia de los cuatro mares' propugnada por algunos economistas de Palacio (Álvarez-Ossorio, 2010).

Según el Fondo Monetario Internacional, el país tiene una de las regulaciones más restrictivas en materia de comercio. A la tela de araña burocrática se debe añadir la corrupción endémica. No por casualidad, Transparencia Internacional la incluye entre los países más corruptos del mundo. La riqueza creada en los últimos años no se ha repartido de manera equitativa, como prueba el hecho de que un 30% de la población viva bajo el umbral de la pobreza. Sin duda, el principal beneficiario de la mejoría económica ha sido el círculo clánico-familiar que compone el núcleo duro del régimen. Por citar tan solo un ejemplo, Rami Majluf (primo hermano de Bashar) dirige el *holding Cham* y la compañía de telefonía móvil *Syria-tel*, al tiempo que tiene importantes intereses inmobiliarios y en el sector transporte.

Sin duda, el mayor éxito del presidente sirio ha sido su capacidad para adaptarse a los drásticos cambios experimentados en Oriente Medio en la última década. Tras la invasión de Irak y el derrocamiento de Sadam Husein por las tropas estadounidenses, todo parecía indicar que Bashar correría su misma suerte. En sus memorias, el primer ministro británico Tony Blair confirma un secreto a voces: tras Irak, el vicepresidente norteamericano Dick Cheney se mostraba a favor de invadir Siria e Irán para destruir por completo el denominado Eje del Mal (Blair, 2010).

Contra todo pronóstico, Bashar no sólo consiguió mantenerse en el poder, sino que además logró convertir a Siria en un actor central en el tablero mediorienta con una acertada política exterior basada en la diversificación de sus alianzas. En los últimos años se registró un acercamiento a Turquía (con la que firmó un tratado de libre comercio en 2004), se restablecieron las relaciones con Arabia Saudí (congeladas tras el asesinato de Rafiq al-Hariri

en 2005) y se experimentó una aproximación a Francia (con el objeto de estabilizar el Líbano después de la ofensiva israelí de 2006). Lo más sorprendente es que Damasco resistió las presiones internacionales manteniendo su alianza estratégica con Irán, *Hezbollah* y *Hamás*, indispensable para preservar la imagen de Bashar como portavoz de una resistencia islámica que ha suplantado en cierta medida su papel como paladín del nacionalismo árabe.

Incluso la administración de Obama no tuvo más remedio que reconocer el peso específico de Siria, como evidenció el incesante goteo de altos responsables que visitaron la capital siria en 2009 y 2010. No obstante, las relaciones entre Washington y Damasco siguen estando demasiado condicionadas por el conflicto árabe-israelí, lo que reduce el margen de maniobra de unos Estados Unidos poco proclives a presionar a su aliado israelí para que cumpla la resolución 242 del Consejo de Seguridad y se retire de los Altos del Golán ocupados desde 1967, requisito indispensable para que se alcance un acuerdo de paz.

A pesar del cambio de tono, Obama no se apartó excesivamente del guión fijado en su día por George W. Bush: la Ley de Responsabilidad Siria, aprobada en plena apoteosis neoconservadora, que declaraba caduco el principio paz por territorios y lo reemplazaba por el de territorios por realineamiento estratégico. Según este, Siria debería romper con Irán, *Hezbollah* y *Hamás* para poder recuperar el territorio ocupado. Dicho planteamiento parte de una premisa errónea: considerar que el Golán, pese a su incuestionable valor hidrológico y su notable carga simbólica, reviste mayor importancia para el régimen que la tutela sobre Líbano, país al que Siria, pese al establecimiento de relaciones diplomáticas, sigue considerando parte irrenunciable de su esfera de influencia.

4.- El movimiento del 15 de marzo

La normalización de relaciones entre Siria y los países occidentales culminó con el retorno del embajador norteamericano Robert Ford a Damasco en febrero de 2011, casi cinco años después de que el anterior embajador fuese retirado tras el asesinato de Hariri. Todo parecía indicar que Bashar al-Asad había superado con éxito su aislamiento internacional. No obstante, la situación interna cambió bruscamente como resultado de la oleada democrática árabe. La caída de Ben Ali en Túnez y de Mubarak en Egipto y las movilizaciones populares en Yemen, Libia y Bahreín provocaron el temor a que el efecto dominó llegase, tarde o temprano, también a Siria.

En realidad, la enfermedad que aqueja al conjunto del mundo árabe tiene un mismo denominador común: el malestar popular por el deterioro de la situación económica y la perpetuación de regímenes autocráticos. Según el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD), una tercera parte de los 22 millones de sirios vive bajo el umbral de la pobreza. El 65 % de la población tiene menos de 35 años y el 40 % menos de 15. Cada año tratan de incorporarse al mercado laboral 200.000 personas y el sector público tan sólo es capaz de absorber a una tercera parte de ellos. Los jóvenes, además, deben hacer el servicio militar obligatorio debido al estado de guerra con Israel todavía vigente (aunque su duración se ha limitado notablemente pasando de dos años y medio a un año y medio desde la llegada de Bashar al-Asad al poder). El hartazgo ante los abusos e impunidad de la elite gobernante se ha acrecentado de manera inversamente proporcional a la pérdida de poder adquisitivo de las clases medias provocado por la elevada inflación.

Casi cinco décadas después del golpe de 1963, el *Baaz* sigue siendo el partido único. El régimen sirio no sólo es represivo (antes de la revuelta había entre 2.500 y 3.000 presos políticos), sino que además ha intensificado su deriva autoritaria a medida que crecían las voces que demandaban mayores libertades. La convocatoria a través de *Facebook* de un *Día de la Ira* para el 15 de marzo por parte de la desconocida plataforma 'Revolución Siria contra Bashar al-Asad' movilizó a miles de sirios en buena parte del país.

La ciudad sureña de Deraa asumió desde un principio el protagonismo y las manifestaciones fueron reprimidas con extrema dureza por las fuerzas de seguridad. Si bien es cierto que el motivo inicial de la protesta fue la detención de unos escolares que habían hecho pintadas antigubernamentales, también lo es que la crisis económica, acentuada por una sequía que se prolonga desde hace cuatro años, y que ha tenido efectos devastadores sobre la agricultura, principal fuente de riqueza de la región del Hawran, multiplicando el descontento entre su población (Fisk, 2011).

La mayor parte de las víctimas contabilizadas en las primeras seis semanas procedían de Deraa, aunque también otras ciudades como Homs, Hama, Latakia, Baniyas, Yable, Hasake o al-Qamishle se sumaron a la contestación. Damasco, feudo del régimen, también fue contagiada por la ola de malestar, en particular uno de sus suburbios: Duma. Las manifestaciones, que en sus primeros momentos apenas movilizaron a unos pocos miles de personas, fueron sumando adeptos y se convirtieron en un desafío sin precedentes para el régimen sirio. Las sedes del *Baaz*, las comisarías o las tiendas de *Syriatel* sufrieron la ira de los manifestantes que critican la corrupción endémica del régimen y demandan más libertades.

En un primer momento, el gobierno acusó de la violencia a islamistas radicales que pretendían desestabilizar el país. La televisión estatal llegó a mostrar un arsenal de armas supuestamente hallado en el interior de la mezquita Omari en Deraa. Según la versión oficial, los disturbios formarían parte de la guerra que el régimen libraba contra elementos *yihadistas* vinculados a grupos como *Fatah al-Islam* o *Yund Allah*, a los que se responsabiliza de una serie de acciones terroristas como el ataque a la Embajada norteamericana de Damasco (2006) o el coche bomba contra una sede de los servicios de inteligencia en Sayda Zaynab (2008). El hecho de que previamente Ben Ali, Mubarak y Gadafi también hubieran descrito las movilizaciones populares como obra de al-Qaeda restó credibilidad a esta hipótesis.

En su esperada y decepcionante comparecencia ante el Parlamento el 30 de marzo, Bashar al-Asad volvió a reafirmarse en la teoría conspirativa. El presidente denunció que Siria hacía frente a una conspiración (*mu'amara*) destinada a provocar una guerra sectaria (*fitna*), acabar con el último bastión del arabismo y obligarle a deponer su resistencia frente a Israel. Al mismo tiempo culpó a Qatar que, a través de al-Yazira, estaría enviando consignas a los manifestantes. Otros altos miembros del régimen también acusaron a Líbano y a Arabia Saudí de respaldar las revueltas.

Aunque la posibilidad de que la revuelta provoque una lucha sectaria es difícil de imaginar, la alusión presidencial a la *fitna* generó desasosiego entre buena parte de la población. Debe tenerse en cuenta que Siria es un país con una gran diversidad confesional. Si bien es cierto que los musulmanes son cerca del 90 % de la población, también lo es que están fuertemente segmentados. Junto a una abrumadora mayoría musulmana suní (74% de la población) existen diferentes sectas heterodoxas *chiíes* que representan otro 16% (el 12% *alawíes* y el resto *drusos* e *ismailíes*). A ellos deben sumarse, al menos, un 10 % de cristianos, en su mayor parte greco-ortodoxos y, en menor medida, católicos.

Las minorías confesionales han sido tradicionalmente leales al proyecto secular *baazista*, no sólo porque representaba un muro de contención frente a quienes demandaban la instauración de un Estado islámico, sino también porque les permitía asumir un mayor protagonismo sociopolítico. En el inconsciente colectivo todavía pesa el recuerdo de la guerra a vida y muerte que el régimen libró, entre 1979 y 1982, contra los insurrectos islamistas, que tachaban al régimen de apóstata. Debe recordarse, en este punto, que los *alawíes* son una secta minoritaria *chií* que deifica al imán Ali y cree en la trasmigración de las almas, doctrinas que chocan de lleno con la ortodoxia islámica y que a menudo han sido tachadas de heréticas.

Por eso nadie (ni el régimen ni tampoco la oposición) quiere volver a esa etapa donde la lucha por el control del Estado provocó miles de víctimas.

La otra idea repetida por Bashar al-Asad en su discurso parlamentario fue la existencia de una *mu' amara* o conspiración destinada a sembrar la inestabilidad y provocar una guerra sectaria. Detrás de esta supuesta conspiración no sólo estaría, como cabría esperar, el archienemigo israelí, sino también algunos países árabes como Qatar, cuyo *emir* es propietario de la cadena *al-Yazira*. Altos responsables del régimen acusaron a dicho canal de movilizar a la población contra el gobierno y, en particular, al influyente telepredicador Yusuf al-Qaradawi (el mismo que congregó a centenares de miles de personas desde la plaza caiota del Tahrir tras la caída de Mubarak) de azuzar a los *suníes* contra los *alawíes* desde su programa *Al-shari`a wa-l-hayat* (*La sharia y la vida*), que cuenta con 40 millones de telespectadores. La consejera presidencial Buthaina Shaaban llegó a decir: “Las palabras de Qaradawi representan una clara y directa invitación a la lucha sectaria”.

Ante la revuelta popular, la comunidad internacional se ha inclinado por esperar y ver en lugar de actuar. Debe tenerse en cuenta que Siria es un régimen hermético con escasos vínculos con los países occidentales. Las relaciones con EEUU distan de ser ejemplares y, aunque se ha registrado una ligera mejoría en el curso de los últimos años al reconocer Washington el peso específico de Damasco en la región, la administración de Obama se sigue guiando en gran medida por la Doctrina Bush recogida en la Ley de Responsabilidad Siria. Por lo que respecta a la Unión Europea es Francia, como ex potencia mandataria, la que ha marcado la política a seguir hacia Siria decretando su aislamiento tras el asesinato de Hariri y rehabilitándola con su entrada en la Unión por el Mediterráneo.

Ni Washington ni Bruselas tienen, por lo tanto, capacidad para presionar al régimen ni tampoco pueden adoptar la estrategia del palo y la zanahoria, que tan escasos resultados les ha dado en el pasado. Además, Damasco sigue conservando la capacidad para interferir en los asuntos libaneses y, en consecuencia, desestabilizar el país del cedro a través del patronazgo que ejerce sobre *Hezbollah*, algo que preocupa a París y a Washington. En este sentido es probablemente Teherán el actor que más capacidad tiene para influir en las decisiones del régimen debido a la alianza estratégica vigente desde hace tres décadas. Irán no es partidario de una apertura política en Siria, ya que considera que las reformas podrían alejarlo de la esfera iraní. No debería subestimarse, por último, el efecto que puedan ejercer las presiones de Erdogan para que Bashar ponga en marcha reformas de calado,

dado que Ankara ha multiplicado sus relaciones comerciales con Siria en la última década.

Si bien es cierto que Turquía ha ganado peso entre los sectores reformistas sirios, también lo es que Irán mantiene una relación mucho más estrecha con el núcleo duro del régimen y, de manera particular, con las Fuerzas Armadas y los Servicios de Inteligencia. Siria es considerado un aliado estratégico vital para Irán y un actor esencial para mantener su influencia sobre Líbano a través de *Hezbollah*. No menos paradójico es que Israel observe también con alarma las movilizaciones populares y que las considere una amenaza para sus propios intereses, dado que un cambio de régimen podría obligar a replantear las relaciones bilaterales y acabar con la situación de ni paz ni guerra vigente desde hace cuatro décadas.

5.- El blindaje del régimen

Desde el arranque de la ola democrática árabe, Bashar al-Asad ha lanzado mensajes contradictorios. Uno de los primeros lo emitió en el diario *The Wall Street Journal* al que declaró el 31 de enero: “Si no ves la necesidad de reforma antes de lo que sucedió en Egipto y Túnez, entonces ya es demasiado tarde para hacer cualquier reforma. En segundo lugar, si lo haces sólo por lo ocurrido en Túnez y Egipto, entonces va a ser una reacción, no una acción, y siempre que lo hagas como reacción entonces te equivocarás”. En dicha entrevista, Bashar trató de lanzar el mensaje que las reformas realizadas eran más que suficientes.

Tras el estallido de la revuelta, el presidente se inclinó por una política de puño de hierro para frenar las manifestaciones y optó por blindar al régimen al percibir que su propia supervivencia política podría encontrarse en peligro. En su intervención ante el Parlamento, el presidente dejó claro que las reformas no serían resultado de la presión popular y que el proceso de liberalización política no era urgente: “Nos acusan de prometer reformas y no realizarlas, pero nos hemos visto obligados a modificar nuestras prioridades a causa de las reiteradas crisis regionales y de cuatro años de sequía”.

Estas palabras parecen confirmar que Bashar se conforma con reformas menores como el aumento del sueldo de los funcionarios (entre un 20 % y 30 %), medida destinada a ganarse el respaldo de un segmento significativo de la población dado que uno de cada tres trabajadores son empleados por el sector público. La dimisión del primer ministro Muhammad Nayi Otri y su sustitución por Adel Safar, hasta ahora titular de Agricultura, es otra reforma cosmética en la misma dirección. En el Parlamento, el presidente al-Asad

no hizo referencia alguna a la batería de reformas anunciada previamente por Buzaina Shaaban, su principal consejera. Entre ellas se contemplaba la aprobación de leyes y mecanismos para combatir la corrupción, la inminente derogación de las leyes de emergencia vigentes desde 1963, la creación de una nueva legislación para acabar con el sistema del partido único, una nueva ley de prensa acorde con las aspiraciones de libertad y transparencia y, por último, el final de los arrestos arbitrarios y el fortalecimiento de las libertades públicas.

La puesta en marcha de una reforma tan ambiciosa pondría en peligro el control del Estado por la alianza clánico-familiar que dirige los destinos de Siria y que está cimentada en la *asabiya* o solidaridad tribal que une al clan *alawí* de los Kalbiya. Las Fuerzas Armadas y los Servicios de Inteligencia mantienen una posición dominante sobre los otros dos actores del triángulo de acomodación: el *Baaz* y la oligarquía damascena. No en vano Bashar ha designado a dos personas de su absoluta confianza y de su entorno familiar para controlar, a su vez, a dos de sus cuerpos más influyentes: su hermano Maher al-Asad al frente de la Guardia Republicana y su primo Hafez Majluf al frente de la Inteligencia Militar. Los Asad, los Majluf y los Shalish conforman la triada que dirige la vida política, militar y económica del país. Todos ellos se han enriquecido notablemente en las últimas décadas y son los principales beneficiados de la liberalización económica registrada en el país.

El *Baaz*, que es el “partido líder en el Estado y la sociedad” según el artículo 8 de la Constitución, ha perdido buena parte de su influencia, aunque sigue siendo la columna vertebral del Frente Nacional Progresista que controla dos terceras partes del Parlamento (el tercio restante está en manos de independientes, especialmente hombres de negocios, pero también algunos islamistas moderados denigrados por la oposición islamista que los tacha de ‘ulemas de palacio’). Una nueva ley de partidos, como la prometida por Shaaban, permitiría la instauración de un sistema pluripartidista y pondría fin al anacrónico sistema monopartidista vigente en la actualidad.

Aunque tras llegar a la presidencia Bashar auspició una modernización de las estructuras administrativas y gubernamentales pronto dejó claro que entre sus prioridades no figuraba la de introducir reformas en el ámbito político. En su reciente discurso parlamentario, el presidente volvió a insistir en la misma cuestión: “Decimos a quienes piden reformas que nos retrasamos en su aplicación, pero pronto las comenzaremos. Las prioridades son la estabilidad y la mejora de las condiciones económicas”.

Las Fuerzas Armadas y los Servicios de Inteligencia son los guardianes de la revolución *baazista*. Por eso no nos debe extrañar que este núcleo

duro del régimen haya conseguido imponer sus concepciones a la hora de sofocar las revueltas. El *Baaz* conquistó el poder en Siria gracias a un golpe militar y, desde entonces, los militares han gobernado el país con mano de hierro. En estas cinco décadas, las Fuerzas Armadas han acumulado un poder prácticamente ilimitado al que no renunciarán fácilmente. Aunque en Siria es difícil que se registre una evolución similar a la tunecina o a la egipcia, en la que los militares se negaron a reprimir las manifestaciones lo que precipitó la caída de Ben Ali y Mubarak, no debería descartarse por completo que la tropa se niegue a obedecer las órdenes de sus mandos.

El hecho de que hayan sido los *mujabarat* y los *shabbiha*,¹ dos actores de probada lealtad hacia el régimen, quienes hayan asumido la dirección de la represión podría indicar que el régimen sirio desconfía de su propio ejército, uno de los cimientos sobre los que se apoya el propio Estado autoritario. Los rumores sobre soldados y oficiales que se niegan a obedecer las órdenes de sus mandos y reprimir a los manifestantes se han extendido desde el inicio de la revuelta.

6.- ¿Hacia dónde va Siria?

Una de las principales incógnitas por despejar es saber quién está detrás de la revuelta y si existe un mando unificado que la dirija. Hasta el momento todo lo que tiene que ver con las manifestaciones está rodeado de una densa nebulosa. Las informaciones llegan con cuentagotas y, en ocasiones, son contradictorias. La plataforma ‘Revolución Siria contra Bashar al-Asad’, radicada en el exilio, difunde informaciones, llamamientos y videos a través de las redes sociales *Facebook* y *Twitter*, a la vez que convoca días de la Ira, la Dignidad, los Mártires o la Firmeza cada viernes.

Desde que se inició la revuelta, la sociedad civil siria ha cobrado un especial protagonismo y, de manera particular, algunas de sus principales organizaciones como el Foro Cultural para los Derechos Humanos, el Foro Yamal al-Atassi para el Diálogo Democrático, el Comité para el Resurgimiento de la Sociedad Civil o el Foro para el Diálogo Nacional. Las reivindicaciones de la sociedad civil siria fueron recogidas en el Manifiesto de los 99 del año 2000: la derogación del estado de emergencia y la ley marcial vigentes desde 1963, una amnistía general para todos los presos políticos, el retorno de los exiliados, el imperio de la ley, el pluralismo político y la libertad de asociación, de prensa y expresión. La Declaración de Damasco de 2005 reclamó, por su parte, el establecimiento de un gobierno plenamente democrático, la supresión de la ley marcial y la plena igualdad de todos los

ciudadanos independientemente de su etnia (en una clara alusión a la minoría *kurda*). Más importante aún: unificó a las principales fuerzas opositoras (incluidos los Hermanos Musulmanes), en torno a un programa basado en la no violencia, la democracia y el cambio político (Landis y Pace, 2007).

Otro de los actores que podría desempeñar un papel central en el caso de que se sume a las protestas contra el régimen es el *kurdo*, aunque la decisión de naturalizar a 250.000 *kurdos*, adoptada el 5 de abril, está precisamente destinada a diluir dicha posibilidad. El hecho de que una décima parte de la población de la República Árabe Siria, como oficialmente se la denomina desde 1961, sea precisamente no árabe representa una evidente paradoja. La minoría *kurda* en Siria, cuenta con una larga historia de persecuciones y de ostracismo político, social y económico, debido a que es la única comunidad étnica no árabe que podría representar una amenaza para el proyecto panarabista *baazista*. Hasta ahora, 175.000 *kurdos* carecían de nacionalidad y, por lo tanto, eran considerados extranjeros en su propio país sin poder tener propiedades o desempeñar aquellas labores que exigieran la pertenencia a un colegio profesional (abogado, periodista, ingeniero o médico). Otros 75.000 *kurdos* figuraban como no registrados, por lo que no tenían siquiera acceso a la educación o a la sanidad (Lowe, 2006). Ahora la situación parece haber cambiado. Esta primavera, por primera vez, los *kurdos* del Hasake han podido celebrar la llegada del año nuevo *kurdo* —el *Niruz*— sin ningún tipo de trabas (lo que contrasta con lo ocurrido en 2004 cuando más de cuarenta personas perdieron la vida por la represión policial).

Un tercer elemento a tener en cuenta es el movimiento islamista. No debe pasarse por alto que las manifestaciones se celebran los viernes, arrancan en las mezquitas y tienen como lema ‘Dios, Siria y libertad’. El hecho de que un país como Siria tenga presidentes *alawies* desde hace más de cuatro décadas ha generado un profundo malestar entre la mayoría *suní*, tradicional depositaria de la autoridad desde la época omeya, y también entre los sectores islamistas, acérrimos enemigos del Estado secular. De hecho, durante la insurrección registrada en los ochenta, los alzados convocaron una *yihad* contra los apóstatas. El bombardeo de *Hama* puso fin a la presencia de los Hermanos Musulmanes en el país y, desde entonces, la militancia en dicha organización está estrictamente prohibida. La Ley 49/1980 señala: “Todo aquel que pertenezca a los Hermanos Musulmanes es considerado un criminal que recibirá como castigo la pena de muerte”.

Hoy en día los sectores islamistas parecen haber abandonado una de sus reivindicaciones históricas: la instauración de un Estado islámico regido por la *shari`a*. Ali Sadr al-Din al-Bayanuni, hasta hace poco guía supremo

de los Hermanos Musulmanes sirios, resume la estrategia actual de la Hermandad: “Estamos preparados para aceptar a los otros. Creemos que Siria es para todo su pueblo, independientemente de su secta, etnia o religión. Nadie tiene el derecho a excluir a nadie” (Shadid, 2005). Estas declaraciones evidencian que los Hermanos Musulmanes han acabado por aceptar el pluralismo de la sociedad siria. Se trata de un fenómeno novedoso dado que, al hacerlo, toman conciencia de que no puede imponerse un Estado islámico a ese tercio de la población que no es musulmana *suní* ni tampoco al otro tercio que se manifiesta laica (Landis y Pace, 2007).

Muhammad Habash, un *ulema* liberal parlamentario desde las legislativas de 2003, resume el sentir de buena parte de la población siria y demuestra que podríamos hallarnos en una fase de postislamismo:

No creemos que, en el periodo actual, sea necesario un Estado islámico, pero sí un Estado democrático y una sociedad civil que pueda preservar los valores islámicos. Como *Hezbollah* ha terminado por comprender, un régimen democrático es preferible a una teocracia... El lugar del Islam en la sociedad debería ser establecido en función de las aspiraciones populares. En Siria existe un 30% de población integrada por cristianos, *alawíes*, *drusos* e *ismailíes*, que consideran necesaria la separación entre Estado y religión; un 70% pertenece a la corriente *suní*, pero la mitad considera que debería existir una separación entre Estado y religión. En consecuencia, el número de personas favorables a una fusión entre el Islam y el Estado es limitado y es imposible imponer esta fórmula al conjunto de la población (Moos, 2006).

¿Quiere decir ello que los islamistas están neutralizados? No necesariamente. Como en el resto de los países árabes, Siria ha experimentado un intenso proceso de islamización tanto del espacio público como del privado en las últimas décadas. De esta manera, se ha registrado un retorno a la religión que pone en tela de juicio la idea de que Siria es un muro de contención frente al fundamentalismo (Hamidi, 2007). El régimen *baazista* ha tratado de imponer un riguroso control sobre el Islam oficial. Aunque es cierto que la esponsorización de las influyentes cofradías *sufíes* ha impedido la penetración del *salafismo*, no ha evitado que se produzca una acelerada islamización de la sociedad. Para el *International Crisis Group*, “a pesar de su ideología secular, el mismo régimen ha tratado de cooptar el discurso religioso desde principios de la década de los ochenta como un medio de compensar la fragilidad de sus respaldos populares” (ICG, 2004: 16).

Desde 1982, el régimen sirio ha esponsorizado a un Islam moderado y apolítico mediante la construcción de mezquitas (8.000 hoy en día), 120

escuelas al-Asad para el aprendizaje del Corán, 22 institutos superiores de ciencias religiosas y cerca de 300 (de un total de 600) asociaciones civiles islamistas. Como advierte Salam Kawakibi,

...cuando se hizo evidente que las ideologías marxista y nacionalista árabe habían fracasado, los ‘estrategas de palacio’ intentaron reapropiarse de la religión y manipularla con sus propios fines... Las autoridades sirias comenzaron a introducir vocabulario religioso dentro de su discurso político y sus actividades socio-culturales. La implicación estatal en el resurgir religioso fue favorecida por antiguos miembros ‘reformados’ de los Hermanos Musulmanes (Kawakibi, 2007: 4).

Para tratar de frenar el proceso de islamización de la sociedad, el régimen *baazista* ha tratado de imponer un riguroso control sobre el Islam oficial fomentando, al mismo tiempo, el Islam popular. Bashar, como hiciera su padre, ha cooptado a las asociaciones *sufies* o *yama`at* y, en particular, a la *Naqshabandiya*. Gracias a ello, el régimen puede felicitarse de que los clérigos más relevantes del país, entre ellos el gran muftí Ahmad Hassun o el imán de la mezquita de los Omeyas Sa`id Ramadan al-Buti, condenaran enérgicamente las manifestaciones.

Notas

* Esta investigación se enmarca dentro del proyecto I+D del Ministerio de Ciencia e Innovación español ‘Sociedad civil y contestación política en Oriente Medio: dinámicas internas y estrategias externas’ (CSO2009-11729). Este artículo fue enviado a la redacción de *Humania del Sur* el día 27 de abril de 2011.

¹ Por *shabbiha* entendemos grupos de matones armados que siguen las consignas del régimen. Son especialmente relevantes en la región de Latakia de mayoría alawí. Sobre el asunto consultar: http://www.defenddemocracy.org/index.php?option=com_content&task=view&id=11792502&Itemid=361

Referencias

- Álvarez-Ossorio, I. (2009). *Siria contemporánea*. Madrid: Síntesis.
- _____ y Gutiérrez de Terán, I. (2009). La república hereditaria siria: el fracaso de una transición. En F. Izquierdo (ed.). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Barcelona: Bellaterra.
- _____ (2010). Siria-Turquía: una alianza en construcción. *Política Exterior*, núm. 139, enero-febrero 2011.
- Battah, H. (2008): El impacto de las nuevas tecnologías. *Culturas. Revista de análisis y debate sobre Oriente Próximo y el Mediterráneo*, nº 6.
- Blair, T. (2010). *A Journey*. Londres: Cornerstone.

- Fisk, R. (2011). Assad: The Arab Spring Stops Here. *The Independent*, 31 de marzo de 2011.
- Gambil, G. C. (2006). The Syrian Muslim Brotherhood. *Mideast Monitor*, vol. 1, n° 2, abril-mayo: http://www.mideastmonitor.org/issues/0604/0604_2.htm
- Geoffroy, E. (1997). Soufisme, réformisme et pouvoir en Syrie contemporaine, *Égypte/Monde arabe*, n° 29: <http://ema.revues.org/index253.html>
- Ghadbian, N. (2010). Disidencia política bajo el nuevo régimen. *Culturas. Revista de análisis y debate sobre Oriente Próximo y el Mediterráneo*, n° 8, pp. 46-61.
- Hamidi, I. (2007). Suriya: yidar al-usuliya. *Al-Hayat*, 12 de octubre.
- Human Rights Watch (2010). *A Wasted Decade. Human Rights in Syria during Bashar al-Asad's First Ten Years in Power*: <http://www.hrw.org/node/91583>
- International Crisis Group (2004). Syria Under Bashar (II): Domestic Policy Challenges, *ICG Middle East Report*, n° 24, 11 de febrero.
- Kawakibi, S. (2007). Political Islam in Syria. CEPS Working Document No. 270. Centre for European Politicy Studies.
- Landis, J. y Pace, J. (2007). The Syrian Opposition. *The Washington Quarterly*, invierno, n° 30, vol. 1.
- Lesch, D. W. (2005). *The New Lion of Damascus: Bashar Al-Asad and Modern Syria*. Yale: Yale University Press.
- Leverett, F. (2007). *Inheriting Syria*. Washington: Brooking Institution Press.
- Lowe, R. (2006). *The Syrian Kurds: A People Discovered*. Londres: Chatham House: <http://www.chathamhouse.org.uk/pdf/research/mep/BPSyrianKurds.pdf>
- Moos, O. (2006): Entretien avec Mohammad Habash. Syrie: islam et islamisme, *Religioscope*, 24 de noviembre: http://religion.info/french/entretiens/article_282.shtml
- North, G. y Rockwell, L. (2011). Facebook, Twitter, and Revolution, 3 de febrero. Artículo consultado el 30 de febrero de 2011: <http://truth11.com/2011/02/03/facebook-twitter-and-revolution>
- Perthes, V. (1995). *The Political Economy of Syria under Assad*. Londres: I.B. Tauris.
- (2004a). *Syria under Bashar al-Asad: Modernisation and the Limits of Change*. Londres: Routledge.
- (2004b). Syria: Difficult Inheritance. En V. Perthes (ed), *Arab Elites. Negotiating the Politics of Change*. Londres: Boulder.
- Pinto, P. (2003). Dangerous Liaisons: Sufism and the State in Syria. En S. Jakelic y J. Varsoke . *Crossing Boundaries: From Syria to Slovakia*, Viena, IWM Junior Visiting Fellows' Conferences, vol. 14.
- Téjel Gorgas, J. (2006). Les Kurdes de Syrie, de la "dissimulation" à la 'visibilité'?. *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, n° 115-116.
- Stephan, M. S. (ed.) (2010). *Civilian Jihad. Nonviolent Struggle, Democratization and Governance in the Middle East*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Ziadeh, R. (ed.) (2010). *Years of Fear. The Forcibly Disappeared in Syria*. Transitional Justice in the Arab World: <http://es.scribd.com/doc/40122318/Years-of-Fear-Forcibly-Disappeared-in-Syria>